

## ¿Dónde acaba la libertad de expresión?

### Límites y amenazas a un derecho fundamental

Antoni Furió

Antoni Furió es catedrático de Historia Medieval en la Universitat de València. Ha publicado, entre otros, *Història del País Valencià (1995)* y *El rei conqueridor: Jaume I entre la història i la llegenda (2007)*.

En los últimos tiempos hemos asistido –de hecho, seguimos asistiendo– a continuos y crecientes ataques a la libertad de expresión, quizá una de las más frágiles y precarias del conjunto de libertades, garantías y derechos que caracterizan a las sociedades democráticas. Hasta el punto de que llegamos a interiorizar o incluso a expresar públicamente la necesidad de algún tipo de límite o de raya infranqueable, de control o de autocontrol, en aras del respeto institucional, la compostura o la consideración hacia creencias religiosas ajenas, el decoro y las buenas maneras o simplemente el buen gusto. Valores todos ellos no sólo vagos e imprecisos, sino también enormemente subjetivos y de una conveniente versatilidad, en cuyo nombre se pueden argumentar o justificar determinados recortes o contenciones. Hace unos meses, el fiscal general del Estado se creyó en la obligación de pedir un año y tres meses de prisión para dos jóvenes detenidos por quemar fotografías de los reyes de España, al considerar que los hechos constituían un delito de injurias graves contra la Corona. Por su parte, la Fiscalía de la Audiencia Nacional pedía la imposición de multas de 3.600 euros para otros dieciséis jóvenes que se habían solidarizado con los anteriores y habían quemado, ellos también, fotografías de los monarcas. Los detenidos justificaban su actuación al amparo del derecho a la libertad de expresión y señalaban que su única intención era manifestar su desacuerdo con la institución monárquica. Mientras los medios más reaccionarios jaleaban a los fiscales, los más liberales –me temo que en este asunto, como en muchos otros, no se puede hablar de progresistas– hablaban de exceso de celo e incluso de grave error por parte de la fiscalía, no por haber atentado contra un derecho fundamental sino por contribuir a alimentar una tormenta artificial que cuestionaba y erosionaba a la Monarquía y al sistema institucional que encarna, aprovechando de paso para cargar contra los que lo habían ejercido e incluso contra quienes se identifiquen con la forma republicana de estado. Lo que resulta incuestionable, al fin y al cabo, es la propia Monarquía.<sup>1</sup>

Unas semanas antes otro debate sobre los límites de la libertad de expresión había tenido también por objeto a la familia real española, al publicarse en la portada de una revista satírica una caricatura de los príncipes de Asturias practicando sexo. La publicación ironizaba con la oferta electoralista del gobierno de subvencionar con 2.500 euros cada hijo nacido tras el anuncio de la propuesta y el eventual interés del príncipe por acogerse a ella, extendiendo así la sátira a la dedicación laboral del heredero del trono.<sup>2</sup> El fiscal general pidió entonces el secuestro cautelar de la revista, el cierre de la página web y una multa de 3.600 euros para cada uno de los autores de la portada. Casi cuatro meses después, un juez condenó a los dos acusados a sendas multas de 3.000 euros por el delito de injurias al Príncipe Heredero, previsto en el artículo 491.1 del Código Penal. El honor de la familia

1. «La ensoñación republicana que parece adueñarse de algunos sectores que hasta ahora habían aceptado el modelo establecido en la Constitución de 1978 consiste en creer que se puede prescindir quirúrgicamente de la Monarquía y mantener las libertades. Prescindir de la Monarquía sería prescindir del pacto en el que se fundan esas libertades.» Editorial «Acoso real», *El País*, 3 de octubre de 2007. El hábil editorialista de *El País*, sin entrar en ningún momento en el fondo del asunto –el derecho de los detenidos a quemar fotografías de los reyes y la consideración de este acto como un ejercicio o no del derecho a la libertad de expresión–, le da la vuelta y lo convierte en un alegato de defensa a ultranza de la institución monárquica frente a las «ensoñaciones» de sus críticos. Por el contrario, en Estados Unidos, uno de los países con un sentimiento patriótico más exacerbado, la quema de la bandera nacional no constituye ningún delito. En 1989, el Tribunal Supremo consideró que la libertad de expresión estaba por encima de cualquier símbolo.

2. Bajo la leyenda «¿Se nota que vienen elecciones, ZP?» y el rótulo destacado «2.500 euros por niño», la portada representaba a los príncipes en pleno coito y atribuía a don Felipe la afirmación «¿Te das cuenta? Si te quedas preñada... ¡esto va a ser lo más parecido a trabajar que he hecho en mi vida!» *El Jueves*, núm. 1573, del 18 al 24 de julio de 2007.

3. «Secuestro inútil», editorial de *El País*, 21 de julio de 2007. Véanse igualmente los editoriales de *ABC* y *El Mundo* de la misma fecha. La de éste último acusaba de torpeza a la fiscalía, que con el secuestro había contribuido a amplificar el eco de la grosería en todo el mundo, pero sostenía firmemente que, aun cuando el dibujo era de mal gusto, zafio y podía molestar a muchos ciudadanos, no constituía ningún delito. «Entra dentro de lo permisible en una sociedad donde la libertad de expresión es un valor fundamental».

4. Es un lugar común, al menos entre cierta izquierda, descalificar a los analistas políticos norteamericanos sin conocer sus argumentaciones ni pasar siquiera del título de sus obras. Sucedió ya con Francis Fukuyama y *El fin de la historia*, y ha sucedido también con Samuel P. Huntington, un prestigioso politólogo y profesor de la Universidad de Harvard, cuya aportación más conocida, *The Class of Civilizations*, apareció primero en la revista *Foreign Affairs* (1993) y más tarde en forma de libro (1996). En ella predice la sustitución, como principales actores políticos del siglo XXI, de las naciones-estado por las civilizaciones, y que la fuente fundamental de conflicto no será ya tanto ideológica y económica como cultural. No obstante, sus posiciones no han sido sólo académicas. En 1968 fue asesor de Lyndon B. Johnson y apoyó los bombardeos de las zonas rurales de Vietnam para forzar a los partidarios del Vietcong a desplazarse a las ciudades; Jimmy Carter lo incorporó en 1977 al Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, cargo en el que continuó con la administración Reagan.

5. La serie apareció bajo el título de «Los rostros de Mahoma».

6. Más tarde, el editor de cultura del periódico sostendría que no se les había pedido a los ilustradores dibujar caricaturas satíricas del profeta, sino que lo representasen tal como lo veían. También insistiría en situar las viñetas dentro de la larga tradición danesa de sátira mordaz sin tabúes, en que Mahoma y el islam habían sido tratados igual que otras religiones y en que lo que se pretendía con ello era llamar la atención sobre la autocensura y fomentar el debate sobre la integración de minorías religiosas.

real, garantizado no por la Constitución sino por el Código Penal, se sitúa, pues, al menos en España, por encima del derecho a la libertad de expresión. De nuevo, la prensa se dividió ante los hechos y su consideración. Mientras los diarios de la derecha se escandalizaban por la osadía y aplaudían el secuestro, los de centro izquierda criticaban la medida, por juzgarla no sólo desmedida sino también «perfectamente inútil y contraproducente para los fines que pretende: amparar supuestos derechos vulnerados»; pero no por ello dejaban de atacar a la caricatura, tachada de zafia y grosera y acusada de caer en el mal gusto, la exageración o la inconveniencia.<sup>3</sup> Pero es que llovía sobre mojado. Ya en noviembre de 2003 la fiscalía se había querellado contra dos periodistas del periódico vasco *Deia*, por un suplemento de humor sobre el compromiso matrimonial del Príncipe. Y, sobre todo, estaba el alboroto todavía reciente de las caricaturas de Mahoma.

La polémica, que concentró durante varios meses la atención informativa mundial y elevó la tensión entre Occidente y los países islámicos, en una clara muestra de lo que Samuel P. Huntington llama «el choque de civilizaciones»<sup>4</sup>, estalló tras la publicación en el periódico danés *Jyllands-Posten*, el 30 de septiembre de 2005, de una serie de doce caricaturas de Mahoma.<sup>5</sup> En ellas, el profeta del islam aparecía representado, entre otras actitudes o situaciones, con un turbante con forma de bomba y una mecha a punto de explotar o impidiendo a sus fieles la entrada al paraíso musulmán con el argumento de que se está quedando sin vírgenes. Las caricaturas encendieron la cólera del mundo islámico con reacciones airadas y actos de protesta ante las embajadas de los países occidentales. También abrieron una viva polémica en los medios europeos sobre la autocensura y los límites de la libertad de expresión y la libertad de prensa. En el orden político, económico y cultural, las relaciones entre Europa y los países musulmanes atravesaron momentos difíciles, con la quema de embajadas occidentales, el boicot a productos europeos y la organización de un concurso de caricaturas sobre el Holocausto.

En la propia Europa las reacciones fueron también muy diversas, desde quienes apoyaban la publicación de las caricaturas como un ejercicio de la libertad de prensa y expresión en una sociedad democrática e interpretaban los llamamientos a la prudencia y la autocensura como una amenaza injustificable a ambos derechos, hasta quienes —como la Iglesia, muchos gobernantes y algunos medios de comunicación— la condenaron como una provocación gratuita y una ofensa a millones de creyentes. En realidad, éste había sido el propósito último del diario danés —provocar o fomentar el debate sobre los límites de la libertad de expresión en los países laicos y democráticos— al publicar las caricaturas, que aparecieron como ilustración satírica de un artículo sobre las dificultades que tenía el autor de libros infantiles Kare Bluitgen para encontrar ilustradores para su próximo libro sobre Mahoma. Como es bien sabido, el islam prohíbe representar al Profeta, incluso de forma positiva, para evitar caer en la idolatría, y ante las eventuales represalias por parte de integristas musulmanes, ningún artista se atrevía a ilustrar el libro si no se le garantizaba el anonimato. Para llamar la atención sobre la existencia de este tabú y discutir sobre él, el periódico *Jyllands-Posten*, el de mayor tirada en Dinamarca, decidió romperlo invitando a los ilustradores daneses a dibujar a Mahoma y publicando las doce viñetas recibidas.<sup>6</sup>

Las reacciones no se hicieron esperar, circunscritas al principio al propio país. Pocos días, a principios de octubre, los líderes de la comunidad musulmana de Dinamarca, compuesta en su mayoría por iraquíes y pakistaníes, se quejaron al gobierno de la publicación

de las caricaturas y del tratamiento en general que daba la prensa al islam, y exigieron su intervención. Ante su negativa, fueron los embajadores de diez países islámicos y el representante de Palestina quienes, en una audiencia conjunta con el primer ministro, pidieron explicaciones y disculpas por las caricaturas. Pero el gobierno danés no sólo se negó a darlas, sino que defendió la libertad de prensa e invitó a los diplomáticos agraviados a recurrir a la vía judicial, como así lo hicieron algunas organizaciones musulmanas.<sup>7</sup> El incidente parecía haber terminado aquí, con una dimensión estrictamente nacional, pero dos factores contribuyeron a su difusión internacional y a elevar considerablemente el tono de la polémica. Por una parte, la gira de dirigentes musulmanes daneses por varios países islámicos, dando a conocer el agravio cometido con la figura de Mahoma y la humillación que sufre el islam en Europa, y sobre todo la publicación de nuevo, a mediados de enero de 2006, de las caricaturas en el periódico noruego *Magazinet*, cercano al fundamentalismo cristiano, que internacionaliza la noticia y provoca, esta vez sí, una oleada de indignación en todo el mundo islámico.<sup>8</sup>

A las manifestaciones airadas ante las sedes diplomáticas de Noruega y Dinamarca pronto seguirían las amenazas de muerte contra los autores de las caricaturas y los responsables de su publicación y los llamamientos al boicot comercial a ambos países, hasta llegar incluso a la quema de las embajadas y a la pérdida de vidas humanas.<sup>9</sup> La escalada de violencia, en efecto, se cobra una docena de muertes en Afganistán, Líbano, Somalia y Pakistán, al reprimir los desórdenes las fuerzas antidisturbios y las tropas occidentales —entre ellas las españolas— desplegadas en las ciudades afganas.<sup>10</sup> Paralelamente las protestas se extienden también a Europa, sobre todo al Reino Unido y Francia. Sin embargo, no se puede decir que todos los musulmanes hayan reaccionado del mismo modo. Es cierto que la mayoría han considerado las caricaturas una provocación, tanto porque la tradición islámica prohíbe representar a Mahoma —también a Alá y a las figuras principales del cristianismo—, como por la forma particularmente ofensiva en que ha sido representado, asimilándolo a un terrorista y, por extensión, identificando islam y terrorismo. Una muestra, en todo caso, de la creciente hostilidad y temor hacia los musulmanes que siente la sociedad occidental. Sin embargo, ha habido también musulmanes que han calificado las protestas de exageradas y desproporcionadas o han recordado que en la prensa islámica son habituales las caricaturas de judíos e israelíes, e incluso algunas publicaciones han llegado a reproducir las caricaturas con el fin de fomentar el debate en las propias sociedades islámicas y de que cada uno se forme su propia opinión sobre el tema. Que estas actitudes abiertas y juiciosas son todavía minoritarias lo demuestra el hecho de que quienes se atrevieron a expresarlas fueron detenidos o perseguidos. Entre ellos, el jordano Jihad Momani, el yemení Muhammad al-Assadi y otros nueve periodistas de cinco países que publicaron las viñetas satíricas y se mostraron críticos con la reacción de la mayoría de los musulmanes, por lo que fueron encarcelados y sometidos a juicio. Momani reproducía las imágenes preguntándose y preguntando a sus lectores: «¿Qué causa más prejuicios contra el islam, estas caricaturas o las fotografías de un secuestrador cercenando la garganta de su víctima frente a las cámaras, o un terrorista suicida que se hace volar a sí mismo durante una boda?» Por su parte, al-Assadi condenaba las caricaturas —que, no obstante, publicaba—, a la vez que censuraba la respuesta desmesurada de los extremistas y lamentaba la oportunidad perdida para enseñar al mundo «los méritos del profeta Mahoma y el carácter pacífico de la religión que legó».

7. En su primera respuesta a los dirigentes islámicos del país, el primer ministro, Anders Fogh Rasmussen, les dijo que él no podía decir a los periódicos lo que podían publicar y lo que no. Los embajadores que se entrevistaron con el gobierno danés fueron los de los países árabes, Pakistán, Irán, Bosnia-Herzegovina e Indonesia. En declaraciones a la radio pedían que se comprendieran los sentimientos de los musulmanes hacia la figura de Mahoma y esperaban una disculpa por parte del periódico *Jyllands-Posten*.

8. *Magazinet*, 20 de enero de 2006.

9. El 30 de enero un aviso de bomba obliga a desalojar la redacción en Copenhague del periódico *Jyllands-Posten*, y pocos días después los embajadores daneses abandonan Siria, Indonesia e Irán ante la falta de seguridad en las representaciones diplomáticas. De hecho, el 4 de febrero miles de manifestantes incendian las embajadas de Dinamarca y Noruega en Damasco —el fuego afectaría también a las de Suecia y Chile—, y al día siguiente arde el consulado danés en Beirut. En Gaza se quemaron banderas de Dinamarca. Egipto anunció un boicot a los productos daneses y noruegos y el jefe espiritual de los Hermanos Musulmanes, Mohamed Mehdi Akef, hacía un llamamiento mundial a «boicotear los productos de Dinamarca y Noruega».

10. En total, y según los medios, el número de muertes se elevaría finalmente a más de cien o incluso ciento cincuenta.

11. Las citas textuales proceden del artículo de Michael Slackman y Hassan M. Fattah, «Furor over cartoons pits Muslim against Muslim», *The New York Times*, 22 de febrero de 2006 (hay una traducción al castellano en <http://mqh.blogia.com/2006/022210-escandalo-crea-conflictos-entre-musulmanes.php>).

12. *Ibidem*.

13. Las caricaturas de Mahoma fueron publicadas en *France Soir* y en *Die Welt* el 1 de febrero.

14. Entre sus propuestas electorales para marzo de 2008, el presidente del PP, Mariano Rajoy, ha prometido crear un «contrato de integración» para los inmigrantes que les concederá los mismos derechos que a los españoles siempre que se comprometan a «cumplir las leyes, aprender la lengua y respetar sus costumbres». En ningún momento se especifican cuáles son estas costumbres, aunque para ejemplificar a qué se refieren cuando afirman que algunas costumbres se están perdiendo, otro de los candidatos del PP, antiguo ministro de Agricultura, Pesca y Alimentación y actual secretario Economía y Empleo del partido, Miguel Arias Cañete, se lamentaba de que «ya no hay camareros como los de antes», con una prodigiosa capacidad para memorizar todos los pedidos y servirlos con gracia y salero.

15. *Charlie Hebdo*, núm. 712, del 8 de febrero de 2006. El número, que estuvo a punto de ser paralizado por la justicia, ofrecía en su portada una caricatura de Mahoma llevándose las manos a la cabeza y diciendo: «Es duro ser amado por los gilipollas».

16. La prensa británica y buena parte de la estadounidense no publicaron las caricaturas por considerar que la libertad de expresión tiene sus límites, que no se puede ofender ni ridiculizar a ningún grupo religioso (en Gran Bretaña existe todavía el delito de blasfemia, aunque sólo para los insultos al cristianismo) y que, en todo caso, los recortes o la autocensura deben contraponerse a las virtudes del multiculturalismo. Ronald Dworkin, «El derecho a la burla», *El País*, 25 de marzo de 2006.

17. Por el contrario, Nicolas Sarkozy, por entonces ministro del Interior y candidato de la derecha a la presidencia francesa, mostró su apoyo a *Charlie Hebdo* con una carta en la que afirmaba: «Prefiero un exceso de caricaturas que la ausencia de ellas». Noticia tomada de *El País*, 7 de febrero de 2007.

Lo cierto es que muchos periodistas, escritores e intelectuales críticos han acabado en la cárcel, en parte porque los respectivos gobiernos han tratado de contener o dominar la ola de indignación popular subiéndose a ella y erigiéndose en fieles guardianes de los valores religiosos islámicos, y en parte también porque han sabido aprovechar la oportunidad para acallar voces críticas e incómodas sobre otros temas, como la corrupción.<sup>11</sup>

No caigamos pues en la (fácil) tentación de poner a todos los musulmanes —a más de mil millones de musulmanes— en el mismo saco. En el mismo Yemen donde un imán es capaz de afirmar en un sermón del viernes que «Cualquiera que insulte a nuestro profeta debe morir por la espada» y otro que «El gobierno debe ejecutarlos», varios periodistas han sido encarcelados por publicar las caricaturas —aunque fuese para reprobarlas— y exhortar a los musulmanes a evitar la violencia.<sup>12</sup>

La respuesta tampoco ha sido unánime en los países occidentales. Mientras algunos medios de comunicación se solidarizaron con el periódico danés y publicaron las caricaturas<sup>13</sup> (el director de *France Soir* sería posteriormente despedido por ello) y los gobiernos pedían prudencia y respeto, la Iglesia y algunos políticos, como Chirac y Putin, condenaron la publicación y la consideraron una provocación. *France Soir* justificaba su decisión de publicarlas alegando que «ningún dogma religioso puede imponerse a una sociedad democrática y laica». Y tanto este periódico como *Die Welt* reclamaron el derecho incluso a la blasfemia. Lo cierto es que en muchos países europeos existe la percepción de que los valores seculares se ven amenazados tanto por las tradiciones religiosas y culturales islámicas entre las comunidades musulmanas inmigrantes, como por la propia respuesta integrista de la Iglesia católica y el fundamentalismo cristiano. Buena prueba de esta desazón, del descontento incluso sobre la postura a adoptar, son los debates sobre el velo islámico que se han producido en toda Europa —desde Francia, en el ámbito de la enseñanza, al Reino Unido, en todo el sector público, Holanda, Bélgica y últimamente también en España, en plena campaña electoral— o sobre las ventajas respectivas del multiculturalismo y la integración y el balance de las experiencias británica y holandesa por una parte y francesa por otra, con propuestas entre populistas y xenófobas de obligación por parte de los inmigrantes de aprender y respetar las costumbres del país de acogida.<sup>14</sup>

En esta misma línea de forzar el debate sobre los límites de la libertad de expresión, el semanario satírico francés *Charlie Hebdo* no sólo publicó las caricaturas de Mahoma, sino que añadió otras nuevas por su cuenta.<sup>15</sup> Lo que le valió una demanda judicial por parte de la Unión de Organizaciones Islámicas de Francia y la Gran Mezquita de París «por injurias públicas basadas en la religión».

Por el contrario, la mayoría de los gobiernos y de los medios de comunicación occidentales, aun apoyando la libertad de prensa, lamentaron o incluso condenaron la publicación de las caricaturas<sup>16</sup>. Estados Unidos y Gran Bretaña la calificaron de «inaceptable incentivo al odio religioso y étnico», y la Unión Europea la consideró imprudente, al tiempo que estudiaba crear un código de conducta para la prensa europea con el fin de evitar acontecimientos similares. También Chirac condenó lo que consideraba una «provocación» y pidió a la prensa que fuera «responsable». <sup>17</sup> En realidad, esto es lo que encontramos entre las cancillerías y periódicos de referencia de Europa: llamamientos a la prudencia y la responsabilidad y una condena más o menos explícita de la publicación de las caricaturas tanto por el diario danés como por los periódicos que se solidarizaron con él, al enten-

derla en última instancia como una provocación gratuita, como una grave falta de responsabilidad. Para *The Independent*, «en el ejercicio de sus derechos, los medios de comunicación deben demostrar tino. El periódico francés *France Soir* tenía derecho a publicar las caricaturas de Mahoma. Pero con ello sólo echó leña al fuego y el asunto ha adquirido entretanto dimensiones internacionales... En esta compleja situación es demasiado simple escudarse en la libertad de prensa. Las decisiones sobre la publicación de caricaturas no son necesariamente correctas o erróneas. Los periodistas tienen derechos, pero las personas también tienen el derecho de vivir en una sociedad pluralista y secular, sin sentirse marginados o amenazados como en este momento los musulmanes. A fin de cuentas es un asunto de respeto. Aparte de sus derechos, la prensa tiene también responsabilidades y existe una frontera entre la controversia y el periodismo irresponsable, que no puede ser transgredida.» En un sentido similar se manifestaba *Le Monde*: «Al igual que en el tema del racismo, el antisemitismo, el sexismo o la homosexualidad, la libertad de opinión se topa también en este caso con límites establecidos por la ley. Eso ocurrió, por ejemplo, el año pasado con la publicidad de una marca de ropa, en la que se veía a doce hombres y una mujer en pose erótica, simulando el cuadro *La última cena*, de Leonardo da Vinci. Ello ofendió a algunos cristianos y la campaña fue prohibida por los tribunales. Una caricatura de Mahoma, especialmente una malintencionada, puede conmocionar a un musulmán. No obstante, una democracia no debe establecer un control policial de la opinión, ya que pisotearía los derechos humanos.»

No es extraño, pues, que en España no sólo no se publicaran las caricaturas en ningún medio<sup>18</sup>, sino que la actitud de la mayoría fuera, en general, condenatoria. *La Vanguardia*, por ejemplo, tras afirmar, «a manera de premisa mayor, que la libertad de expresión es la piedra angular del sistema democrático... un principio que, por desgracia, es aún la excepción en la mayoría de los países musulmanes, con regímenes autocráticos donde el poder civil y religioso aún se confunden», se preguntaba si con las caricaturas «no se estarán brindando argumentos a los sectores más conservadores del islamismo... Su religión prohíbe la representación de la divinidad y sus profetas para evitar la idolatría, un principio que también es norma en el Antiguo Testamento. No es extraño así que el rabino Joseph Sitruk comparta el malestar de los musulmanes: “No ganamos nada rebajando las religiones, humillándolas y caricaturizándolas”. Lástima que esas consideraciones no rijan en muchos de los países musulmanes hacia las creencias ajenas». No sólo el rabino Josep Sitruk compartía el malestar de los musulmanes, también el papa y los altos dignatarios de otras religiones preocupados por el avance del laicismo y del librepensamiento. Por su parte, *ABC* zanjaba la cuestión defendiendo la tolerancia y la libertad de conciencia, pero considerándolas a su vez el resultado «de un proceso de secularización que sólo han logrado desarrollar los pueblos de tradición clásica y cristiana». En todo caso, afirmaba en su editorial del 2 de febrero, «sentado sin titubeos el carácter prevalente de la libertad de expresión, no está de más que se proceda a un examen riguroso, caso por caso, del contexto social y político en que dicha libertad se lleva a la práctica». No todo vale ni todos los casos son iguales, en opinión del diario conservador, que temía que un aval incondicional a la libertad de expresión amparase también las sátiras o las blasfemias contra la Iglesia y el cristianismo. Mucho más clara y desacomplejada fue en este sentido la posición editorial del periódico *El Mundo*: «Una reacción de protesta, por ser violenta, no debería generar una disculpa, sino la defen-

18. Sólo *El País* y *ABC* reprodujeron algunas de las viñetas algunos días después, cuando la polémica ya había tomado cuerpo. Y en el caso de *El País*, no las originales danesas sino la caricatura del dibujante francés Plantu que ese mismo día aparecía en *Le Monde*. *El Mundo* las publicaría más tarde en su edición digital.

19. Y ésta había sido también la vía que el primer ministro danés había sugerido a los líderes de la comunidad musulmana de Dinamarca que se habían sentido ofendidos por las caricaturas, o la que siguieron más tarde la comunidad musulmana francesa y la Gran Mezquita de París: acudir a los tribunales.

20. Recep Tayyip Erdogan y José Luis Rodríguez Zapatero, «A call for respect and calm», *International Herald Tribune*, 5 de febrero de 2006.

21. Comunicado de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 4 de febrero de 2006.

22. A pesar de su firme postura inicial, el periódico danés que publicó las caricaturas, el *Jyllands-Posten* acabó disculpándose por ello: «Los dibujos no violan la legislación danesa, pero indudablemente han ofendido a muchos musulmanes, a los que nos gustaría pedir disculpas» (31 de enero). Y el propio primer ministro se felicitó por ello, recordando una vez más que no le correspondía disculparse en nombre de los medios de comunicación: «En una sociedad donde la prensa es libre e independiente, el Gobierno no es el que dirige los periódicos». Lamentablemente parece que en la decisión del periódico ha influido la presión tanto de los círculos económicos como políticos, ya que el boicot de los países árabes a los productos daneses estaba ocasionando pérdidas del orden de diez millones de coronas al día. El más afectado, el poderoso consorcio lácteo Arla Foods, insistió que las pérdidas podían traducirse en una reducción de empleos en Dinamarca.

23. El tribunal de la ciudad de Aarhus estimó que, aunque no se podía descartar que algunos musulmanes se sintieran ofendidos por los dibujos publicados por el *Jyllands-Posten*, no había ninguna razón para asumir que las viñetas buscaban «subestimar a los musulmanes». Los demandantes, por el contrario, afirmaban que las caricaturas, que presentaban a Mahoma como «belligerante, opresor de mujeres, criminal, loco y poco inteligente», se habían publicado «exclusivamente para provocar y mofarse no sólo del profeta sino también de la población musulmana», por lo que pedían una indemnización de 100.000 coronas (13.400 euros).

24. Quizá en respuesta a la llamada de un clérigo de la mezquita pakistání de Mohabat Kahn, Mohamed Yusaf Qureshi, que hace dos años, el 16 de febrero de 2006, ofreció una recompensa

sa firme de la libertad de expresión, uno de los pilares de cualquier sistema democrático. Por supuesto que dicha libertad tiene límites, pero son los establecidos en las leyes, que pueden incluso ampliarse si se considera necesario. Pero sería un grave error asumir como propias las normas ajenas, entre ellas la prohibición de representar gráficamente a Mahoma, sólo para evitar ofender a los intolerantes» (3 de febrero).

En las sociedades democráticas los únicos límites a la libertad de expresión son o deberían ser los que impone el código penal, y aun éstos deben ser discutibles y revisables continuamente (para evitar, por ejemplo, la sobreprotección que rodea a la familia real española, como se ha puesto de manifiesto en las recientes polémicas por la quema de fotografías del rey o la caricatura de los príncipes de Asturias, amparadas ambas por la Constitución pero punibles por el código penal)<sup>19</sup>. Por ello no deja de ser sorprendente la posición del presidente del gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, al firmar conjuntamente con el primer ministro de Turquía, Recep Tayyip Erdogan, un artículo en el *International Herald Tribune* en el que condenan la publicación de las viñetas de Mahoma: «La publicación de estas caricaturas puede ser perfectamente legal, pero no es indiferente y debe ser rechazada desde un punto de vista moral y político».<sup>20</sup>

Es el argumento que han sostenido también todos los que han condenado la publicación de las caricaturas, desde el Vaticano al presidente de Rusia y el gobierno de China, para quienes la libertad de expresión no puede ofender las creencias religiosas. Sorprende aquí también la coincidencia de los argumentos: si para el Vaticano «el sentimiento religioso de los creyentes está por encima de la libertad de expresión», «la convivencia humana exige un clima de mutuo respeto para favorecer la paz entre los hombres y las naciones» y las críticas y burlas «demuestran una falta de sensibilidad humana y pueden constituir en algunos casos provocaciones inadmisibles»<sup>21</sup>, para el ministro de Asuntos Exteriores chino la publicación de las caricaturas «va contra el principio de que las distintas religiones y civilizaciones deberían respetarse unas a otras y vivir juntas en paz y armonía». Por su parte, Putin, que también consideró una «provocación inadmisibles» la publicación de las caricaturas, por «hacer escarnio del sentimiento religioso de los creyentes», fue todavía más allá al sugerir la responsabilidad última de los estados, que deberían regular mejor la libertad de prensa: «Antes de publicar o dibujar algo, hay que pensarlo cien veces... Nosotros, por ejemplo, condenamos la difusión de determinados materiales, como la pornografía infantil. Pero cuando lo hacemos no nos escudamos tras la libertad de prensa. Y cuando el Estado no es capaz de impedir algo, al menos debe disculparse». La sátira política o religiosa no sólo es equiparable a la pornografía infantil para el presidente ruso, sino que la responsabilidad última de lo que se publica en un país es del Estado, por no haberlo impedido.

La polémica de las caricaturas fue perdiendo intensidad en los meses siguientes,<sup>22</sup> eclipsada en las páginas de los periódicos por otras noticias de mayor actualidad y agotada también por la vía judicial. El 26 de octubre los tribunales daneses rechazaron la demanda presentada por siete organizaciones musulmanas contra la publicación de las caricaturas de Mahoma<sup>23</sup>, y el 22 de marzo de 2007 el Tribunal Correccional de París absolvió al semanario *Charlie Hebdo* del delito de «injurias con base religiosa». No por ello se ha extinguido del todo, como lo demuestra la reciente detención —el 12 de febrero de 2008, mientras escribo este artículo— de tres sospechosos —dos tunecinos y un danés de origen marroquí— de planear un atentado contra uno de los autores de las caricaturas.<sup>24</sup>

de un millón y medio de rupias (más de 21.000 euros) y un automóvil nuevo a quien matara al dibujante danés. Por otra parte, y en respuesta también al intento de atentado, los principales periódicos daneses han vuelto a publicar el 13 de febrero de 2008 una de las caricaturas de Mahoma, la más controvertida, en solidaridad con los dibujantes y como apoyo a la libertad de expresión. La viñeta, que representa al profeta con una bomba a punto de explotar a modo de turbante, ha sido publicada también por *El País* y, de manera indirecta, por *Avui*, que reproduce la portada de *Die Welt* en la que aparece la caricatura.

Y, sobre todo, la profunda e intensa división que sigue existiendo en los medios intelectuales a la hora de abordar el asunto. Mientras unos defienden la libertad de expresión por encima de todo y sin concesiones, otros, sin menoscabarla, la supeditan al respeto a las creencias y valores de los demás, del «otro».

Desde luego tiene razón el secretario general de la Liga Árabe, Amer Musa, cuando acusa a la prensa europea de tener «dos varas de medir»: «Teme ser acusada de antisemita, pero invoca la libertad de expresión cuando caricaturiza al islam». Libertad de expresión, sí, pero los escritores y dibujantes occidentales se lo piensan más de una vez antes de abordar un tema —o abordarlo de una manera— que pueda herir la sensibilidad judía o israelí, cosa que no ocurre cuando, como en este caso, el objeto de las invectivas son los musulmanes. La acusación de antisemita pesa más —y por lo tanto el cuidado por evitarla—, entre los intelectuales europeos, que la de antiislámico o antiislamista. No por ello, para compensar o corregir el desequilibrio, la libertad de expresión debería ceder ante lo sagrado, ante los valores y los tabúes de una religión u otra.

Por otra parte, el debate no puede quedar circunscrito a una abstracta cuestión de principios. En este terreno no me parece que quepa discusión alguna. Nada, y mucho menos la religión, debería poder imponerse a la libertad de expresión. Sin embargo, todas las discusiones, incluida ésta, son «históricas», tienen lugar en un contexto histórico preciso que las determina y del que no se puede prescindir si se las quiere entender cabalmente. Y para entender este debate y la acérrima defensa de la libertad de expresión por parte de los medios occidentales, incluidos los más conservadores, como es el caso de los dos periódicos que publicaron inicialmente las viñetas e hicieron estallar la polémica, el danés *Jyllands-Posten* y el noruego *Magazinet*, no se puede ignorar la hipocresía y el doble rasero que estos mismos medios suelen practicar. Dos años y medio antes de publicar las caricaturas de Mahoma, en abril de 2003, el *Jyllands-Posten* se negó a publicar una serie de caricaturas sobre la resurrección de Jesucristo que les había enviado el ilustrador danés Christopher Zieler, con el argumento de que ofenderían a los lectores y provocarían protestas. La diferencia entre las caricaturas de Jesucristo y las de Mahoma estriba, según el periódico, en que estas últimas fueron solicitadas y las primeras no». El periódico sabía —y temía— que las primeras ofenderían a sus lectores, y por eso no las publicó; también sabía, pero no temía tanto, que las segundas ofenderían a los musulmanes, pero en este caso no sólo las publicó sino que la iniciativa partió del propio diario.<sup>25</sup>

Tampoco se puede ignorar que el *Jyllands-Posten* lleva a cabo desde hace años una virulenta campaña contra los inmigrantes musulmanes, de fuerte retórica xenófoba e islamófoba, insinuando que el islam es incompatible con la democracia y que es imposible que los musulmanes se integren en la sociedad danesa. Ya en marzo de 2002, el Consejo de la Prensa de Dinamarca había amonestado al *Jyllands-Posten* por transgredir la deontología periodística al subrayar de forma injustificada el origen étnico de personas implicadas en un caso criminal. Y en un informe de la European Network Against Racism (ENAR), la federación de asociaciones antirracistas europeas, se señalaba que, del análisis del contenido del periódico durante tres meses, se desprendía que el 53 % de las crónicas, el 55 % de los artículos, el 70 % de las noticias cortas, el 73 % de las tribunas libres, el 79 % de los editoriales y el 81 % de las cartas de los lectores sobre las minorías extranjeras las presentaban de forma negativa.<sup>26</sup> Vista desde esta perspectiva, la publicación de las cari-

25. Gwladys Fouché, «Danish paper rejected Jesus cartoons», *The Guardian*, 6 de febrero de 2006.

26. ENAR Shadow report 2004 Denmark, pp. 40-43. Citado por Thierry Meyssan, «L'histoire cachée des caricatures de Mahomet», *Voltairenet.org*, 13 de febrero de 2007. Lamentablemente las interesantes observaciones de Meyssan quedan empañadas por sus ataques a *France Soir*, *Charlie Hebdo* y a Ayaan Hirsi Ali, a quien presenta como «la diputada mitómana holandesa». Tampoco parece de recibo ver detrás de toda la polémica la mano negra de los servicios de inteligencia británicos y norteamericanos y a los grupos musulmanes extremistas que estos mismos servicios patrocinan y manipulan.

caturas de Mahoma no respondía tanto a la voluntad de romper la autocensura de los ilustradores daneses sino que se enmarcaba perfectamente en la línea islamófoba del periódico, especialmente las viñetas que insinúan que todos los musulmanes son potencialmente terroristas. Como los judíos en las viejas caricaturas nazis, los musulmanes en su conjunto, y no sólo Mahoma, son estigmatizados en las actuales.

Por último, tampoco se puede hacer abstracción, cuando se discute sobre la libertad de expresión, o cuando se intenta comprender la crisis desencadenada por la publicación de las caricaturas, del contexto concreto, histórico, en que se ha producido. Esto es, en el marco más general del choque de culturas e identidades; en la escalada de la xenofobia y la islamofobia en los países occidentales ante las dificultades o incluso el fracaso de la integración —que algunos quieren identificar con la asimilación— de los inmigrantes musulmanes, cuya sola presencia es ya percibida como una amenaza para las costumbres y los valores propios; en el temor recíproco, especular, de muchos musulmanes ante lo que perciben como una muestra de la hostilidad occidental, disfrazada de defensa de la libertad y la democracia; y, más en concreto, en el descontento y el rencor crecientes en los países islámicos por la política desplegada por Estados Unidos y sus aliados en Afganistán, Irak, Palestina y, en los días en que la polémica ocupaba las primeras páginas de los periódicos, en Irán y Siria, así como en Oriente Medio y el Golfo Pérsico en general. Un polvorín que puede estallar por el menor pretexto, como ocurrió con la crisis de las caricaturas.

Todo ello, es verdad, ayuda a entender e incluso a explicar las reacciones airadas por parte de los muchos musulmanes que se han sentido ofendidos por la publicación de las viñetas o las han sumado a la cuenta de agresiones recibidas de Occidente, como apuntan Augusto Zamora, profesor de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales de la UAM, y otros analistas.<sup>27</sup> Lo ayuda a entender y lo explica, pero no lo justifica. A no ser que pensemos que hay que poner límites a la libertad de expresión, que ésta termina donde empieza el ámbito de lo religioso, de lo sagrado. Para Zamora se trata sólo de una «presunta confrontación entre la libertad de expresión y la intolerancia o el fanatismo religioso del islam», ya que, «hasta donde se sabe, nadie en el mundo islámico ha planteado el conflicto en términos de libertad de expresión, sino de respeto a la figura angular de la religión islámica, como es el profeta Mahoma. En otras palabras, que no se ataca esa libertad, sino el abuso que se ha hecho de ella, haciendo mofa y burla del fundador de su fe». No se ha usado de la libertad, sino que se ha abusado de ella, al ridiculizar la figura del profeta.

Con diferencias de acento y tonalidad, ésta ha sido una posición bastante extendida entre muchos intelectuales, incluso entre quienes sostienen posturas laicas y progresistas en otros ámbitos: que el derecho a la libertad de expresión termina donde empieza el respeto a las creencias religiosas. O dicho de otro modo, y en palabras de Rodríguez Zapatero, «no estamos ante un debate sólo de libertad de expresión, que por supuesto afortunadamente desde hace mucho tiempo es absoluta en todos los países democráticos y avanzados. Estamos ante una cuestión de sensibilidad, de respeto, que ante determinadas maneras de ver la vida pueden provocar situaciones que no son adecuadas».<sup>28</sup> ¿De verdad es absoluta? ¿Incluye también el derecho a blasfemar?

Una de las formas de rehuir el debate es repartiéndolo a diestro y siniestro, o encarándolo desde la más absoluta displicencia. Cargar contra las caricaturas, defender la liber-

27. «Islam-Occidente: no caricaturizar el conflicto», [www.canal-solidario.com](http://www.canal-solidario.com), 26 de febrero de 2006.

28. Declaraciones de José Luis Rodríguez Zapatero en su comparecencia conjunta con Vladimir Putin ante la prensa el 9 de febrero de 2006.



tad de expresión, recordar que tiene límites, pero también que éstos los dilucida la justicia y no los integristas. Es lo que hace Arsenio Escolar en la editorial del periódico que dirige, *20 minutos*, en el que justifica la no publicación de las viñetas: «Las caricaturas son de un mediocre valor artístico o periodístico... Pero mediocres o desacertadas, los dibujantes daneses tenían todo el derecho a hacerlas y su periódico a publicarlas. La libertad de expresión es una de las piedras angulares de las sociedades democráticas, una de nuestras libertades más valiosas. Es cierto que no es una libertad absoluta, tiene límites: acaba donde empieza el derecho de otros, en este caso el respeto a una fe religiosa. Alguna de las viñetas quizá estaba cerca de traspasarlo, pero eso no han de juzgarlo islamistas radicales, ni les da derecho a éstos a contestar con violencia, con amenazas»<sup>29</sup>. Por su parte, el ensayista Josep Ramoneda, director del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, en la presentación del número 27 de la revista *Quaderns del CAC* (Consell de l'Audiovisual de Catalunya)<sup>30</sup>, dedicado precisamente a la crisis de las caricaturas de Mahoma y la libertad de expresión, expresaba su «desinterés por los dibujos satíricos» al tiempo que elogiaba la actitud de «indiferencia absoluta» de los musulmanes de Europa hacia la representación gráfica del profeta. Ramoneda también añadía que las caricaturas eran malas y que él no las habría publicado, pero que una vez iniciada la, así llamada, «crisis de Mahoma», entonces sí que lo habría hecho.

Muchas de las críticas que se han hecho a la publicación de las caricaturas y a la polémica desatada a continuación coinciden en afirmar que el derecho a la libertad de expresión no puede traer consigo el derecho a ofender el sentimiento religioso de los creyentes. Para Sami Naïr, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad París VIII, «unos reivindican la libertad de expresión, el derecho a decir lo que sea, la legitimidad de la profanación, incluida la que afecta a más de mil millones de creyentes... No habíamos comprendido que, en la época del triunfo de la democracia, la libertad mal entendida, a menudo, hace inevitable la irresponsabilidad... La libertad de expresión es sagrada, sin duda. Es preciso defenderla. Pero ¿acaso significa el ejercicio deliberado de la irresponsabilidad?... Hay países de vieja tradición liberal y democrática que, a partir de ese principio —“La libertad de uno termina donde comienza la de los demás (Montesquieu)”—, han instaurado prohibiciones y reprimen los excesos de la libertad de expresión cuando atañe a la etnia, la raza o la confesión... No tengo el derecho moral de insultar la creencia de otros, no tengo el derecho moral de profanar a Cristo, porque para millones de cristianos representa la imagen de la libertad de creencias con su sufrimiento en la cruz; no tengo derecho a confundir al profeta Mahoma, encarnación de lo sagrado para millones de musulmanes, con el asesino Bin Laden, encarnación de la violencia... En el contexto histórico en el que vivimos, estas caricaturas representan una provocación gratuita»<sup>31</sup>.

Aunque respeto mucho la trayectoria intelectual de Sami Naïr y por lo general comparto sus análisis y puntos de vista, no puedo dejar de discrepar profundamente en este caso. Coloca en un mismo plano de igualdad la libertad de expresión y las creencias religiosas, sagradas una y otras. Pero a la vez supedita la primera a las segundas, al hablar de «excesos de la libertad de expresión» o de ejercerla con irresponsabilidad. Sin embargo, la libertad de expresión es un derecho fundamental que ha costado mucho de conseguir, combatido y perseguido precisamente en nombre de la religión. Las religiones no pueden exhibir el mismo historial democrático de lucha por la libertad y la tolerancia. El respeto que

29. Arsenio Escolar, «Las caricaturas de Mahoma», *blogs.20minutos.es*, 6 de febrero de 2006.

30. Recogido en *Avui*, 13 de febrero de 2008, p. 13.

31. Sami Naïr, «Lo que es sagrado para el otro», *El País*, 28 de febrero de 2006. Naïr empieza su artículo hablando de «unos dibujantes sin talento e irresponsables», un juicio estético totalmente irrelevante en el debate pero en el que insisten varios de los comentaristas citados.

32. El mismo Nair nos pide que imaginemos, a modo de ejemplo, el efecto que habría tenido en Israel y en Europa el que en el momento en el que Sharon bombardeaba de forma despiadada Jenin hubiera aparecido una caricatura con Moisés pilotando un avión israelí. *Ibidem*.

exigen para sí no lo han profesado ni lo profesan hacia los demás, hacia las ideas y el pensamiento libres, hacia la libertad de expresión y de prensa. Es cierto que las caricaturas de Mahoma, de Jesús, de Moisés, pueden ofender a muchos musulmanes, cristianos y judíos<sup>32</sup>. Y que en el caso concreto de las de Mahoma, además de provocar a millones de musulmanes, añaden gasolina al fuego que integristas y terroristas han encendido contra Occidente. Aun así, la libertad de expresión no debería verse afectada. No deberían ser consideraciones de orden moral y político (Zapatero) o estratégico las que coartasen este derecho fundamental. De ser así, la libertad de expresión no sería la única damnificada.

33. Ronald Dworkin, «El derecho a la burla», *cit*.

Me encuentro más cerca, en cambio, de Ronald Dworkin, catedrático de derecho y filosofía de las universidades de Londres y Nueva York, para quien «la religión debe acatar los principios de la democracia, y no al revés. No se puede permitir que ninguna religión legisle para todo el mundo lo que se puede o no se puede dibujar, del mismo modo en que no puede legislar lo que se puede o no se puede comer. Es inconcebible que las convicciones religiosas de nadie se impongan a la libertad que hace posible la democracia»<sup>33</sup>. La libertad de expresión no es sólo «un emblema especial y distintivo de la cultura occidental que pueda limitarse o matizarse generosamente en señal de respeto hacia otras culturas que la rechazan», sino la base misma de la democracia.

\* \* \*

34. La comunidad islámica de Sevilla presentó en su día una denuncia ante el juzgado de guardia, pidiendo que fueran secuestrados los ejemplares del libro y que se iniciasen acciones contra las editoriales que lo habían publicado.

La «crisis de las caricaturas» no ha sido el primer episodio de choque o enfrentamiento entre culturas, con los límites a la libertad de expresión en el centro del debate, ni tampoco será el último. En 1989 el líder espiritual de Irán, el ayatollah Jomeini, instó a los musulmanes de todo el mundo a asesinar al escritor británico de origen hindú Salman Rushdie, acusado de blasfemia por su obra *Versos Satánicos*, libro que en España tuvo que ser publicado por 18 editoriales con el apoyo del Ministerio de Cultura, lo que no impidió que su venta fuese boicoteada por El Corte Inglés y otros grandes almacenes.<sup>34</sup> En noviembre de 2004 era asesinado en Amsterdam el cineasta Theo van Gogh, quien solía calificar a los musulmanes de «folladores de cabras» y que había realizado poco antes un cortometraje, *Submission* (que es lo que significa «islam» en árabe), a partir de un guión de la diputada de origen somalí Ayaan Hirsi Ali, emitido por la televisión holandesa en agosto del mismo año. El asesino, Mohammed Bouyeri, un joven holandés de origen marroquí, dejó clavada con un cuchillo sobre el pecho de la víctima una nota dirigida a Ayaan Hirsi Ali y otros dirigentes holandeses, a quienes amenazaba con un final similar. Salman Rushdie y Ayaan Hirsi Ali, que desde entonces viven escondidos, firmaron junto con otros diez intelectuales, la mayoría de origen árabe o musulmán, un manifiesto por la libertad de expresión y en contra del «relativismo cultural» a raíz de la polémica por las caricaturas de Mahoma, y que reproduzco al final de este artículo. El manifiesto, muy crítico con el islamismo, ha sido a su vez muy criticado por intelectuales musulmanes y occidentales.

Pocos meses después del estruendo de las caricaturas estallaba una nueva crisis, esta vez con una ópera de Mozart como protagonista. El 26 de septiembre de 2006 la Deutsche Oper de Berlín decidía anular las representaciones de *Idomeneo, rey de Creta*, ante el temor, expresado por la policía, de que esta ópera de 1781 pudiera suscitar protestas por parte de los musulmanes. ¿Motivo?: la escena final en la que Idomeneo exhibe las cabezas decapitadas de Poseidón, Jesús, Buda y Mahoma. Dada la susceptibilidad de muchos musulmanes ante la representación de su profeta, las críticas a su religión o incluso el que

se hable de ella con menos respeto del que se debiera, la policía de Berlín y la dirección de la ópera, temiendo un atentado, y anticipándose a cualquier reacción, decidieron suspender la obra —una ópera con más de dos siglos de antigüedad— en un claro ejemplo de autocensura<sup>35</sup>. Ni siquiera el hecho de que Mahoma compartiese honores con los máximos representantes de otras grandes religiones parece haber sido suficiente para mitigar los ánimos de unos y los temores de otros.

En todo caso había motivos fundados para ello. Hace quince años, la obra de Voltaire *El fanatismo o Mahoma el profeta*, de 1741, fue prohibida en Ginebra tras una demanda en este sentido de Tariq Ramadan, y el ayuntamiento retiró su subvención al teatro que la había representado<sup>36</sup>. La obra ha podido representarse finalmente en 2005, doce años después, a pesar de las protestas de los islamistas, que causaron incidentes cuando se estrenó en la ciudad de Saint-Genis, cerca de Ginebra, pero ya en Francia. También la ópera de Mozart ha podido ser finalmente representada en octubre de 2006.

La polémica por la representación de *Idomeneo* coincidía en el tiempo con las multitudinarias protestas en los países islámicos por el discurso pronunciado por el papa Benedicto XVI en Ratisbona, considerado un insulto al islam y a Mahoma.<sup>37</sup> Tras las condenas de numerosos gobiernos y organizaciones islámicos, y ante el temor de una nueva oleada de violencia similar a la desatada por las caricaturas de Mahoma, el papa lamentó que sus palabras hubiesen podido sonar ofensivos a la sensibilidad de los creyentes musulmanes y hubiesen sido interpretados de manera que no correspondían en absoluto a sus intenciones. Esta vez la habilidosa retórica diplomática vaticana no funcionó, y uno de los principales líderes islámicos, el egipcio Yusuf al Qaradawi, presidente de la Unión Mundial de Ulemas, consideró que el papa no sólo no se había disculpado sino que con sus aclaraciones había acusado a los musulmanes de no haber entendido bien sus palabras.

\* \* \*

Naturalmente las presiones y amenazas a la libertad de expresión no vienen sólo del lado musulmán. La Iglesia católica tiene un largo historial en este campo, con la Inquisición a pleno rendimiento hasta fechas muy recientes, sustituida más tarde por la Congregación para la Doctrina de la Fe, todavía vigente, y de la que fue prefecto el cardenal Joseph Ratzinger, hoy papa Benedicto XVI. La última víctima del Tribunal del Santo Oficio fue un maestro catalán, Gaetà Ripoll, ajusticiado en la plaza del Mercado de Valencia en 1826 por «hereje pertinaz y acabado», es decir, por, entre otros muchos crímenes, no oír misa los domingos, enseñar a los hijos de los labradores de la huerta a decir «Loado sea Dios» en vez de «Ave María» y, en general, por sus convicciones deístas, adquiridas durante su cautiverio en Francia tras la guerra de la independencia. El cristianismo en todas sus variantes ha sido y continúa siendo una rémora importante para el progreso intelectual y un implacable enemigo de la cultura y el pensamiento libres, como lo muestra su encarnizada batalla contra el evolucionismo y su apoyo al creacionismo, maquillado hoy como diseño inteligente.<sup>38</sup> Y no hay que olvidar el papel central que tuvo la Iglesia en la conformación de una cultura nacionalcatólica durante el franquismo, de un verdadero erial intelectual en el que las ideas libres eran perseguidas, sus promotores encarcelados y cualquier publicación había de pasar antes por la censura.

Basta con que recordemos muy sucintamente las multitudes arrodilladas —algunas señoras con reclinatorio incluido— rezando el rosario ante las taquillas o las puertas de los

35. «Opera Canceled Over a Depiction of Muhammad», *The New York Times* del 27 de septiembre de 2006; «I doménée victime du politiquement correct», *Le Monde*, y «Alemania retira una ópera de Mozart por miedo a las reacciones islámicas», *El País*, todos del mismo día. El ministro del Interior, Wolfgang Schäuble, criticó la retirada de la obra.

36. En su obra lo que pretende Voltaire es fastidiar al fanatismo cristiano, pero, como era habitual en la época (por ejemplo, las *Cartas persas* Montesquieu), se recurría a un ambiente oriental para denunciar una situación europea.

37. El papa pronunció su discurso en la Universidad de Ratisbona durante una visita a su Baviera natal el 12 de septiembre de 2006. En su alocución, Benedicto XVI condenó la «irracionalidad» de «la difusión de la fe mediante la violencia», como ocurre en la *yihad* (guerra santa) del islam, apoyándose en un diálogo entre el emperador bizantino Manuel II Paleólogo (1350-1425) y un persa.

38. Sobre el diseño inteligente, William A. Dembski, *Diseño inteligente*, Madrid, Homo Legens, 2006, y Phillip Johnson, *Juicio a Darwin*, Madrid, Homo Legens, 2007. Para una perspectiva crítica, Francisco J. Ayala, *Darwin y el diseño inteligente: creacionismo, cristianismo y evolución*, Madrid, Alianza Editorial, 2007.

cines donde se proyectaban películas como *Gilda*, con Glenn Ford y Rita Hayworth, *Yo te saludo, María*, de Godard, o *La última tentación de Cristo*, de Scorsese, con el fin de impedir su proyección. *La portentosa vida del pare Vicent*, de Carles Mira, con un irreverente Boadella de san Vicente Ferrer, no llegó a estrenarse en Valencia (salvo alguna proyección semiclandestina). Un juez de Valencia, Guillermo Forteza, llegó a dictar auto de procesamiento contra los miembros de la compañía de teatro Els Joglars y contra el gerente de la sala donde se representaba la obra teatral *Teledium* por los delitos de blasfemia y atentado contra la libertad de conciencia. En realidad, Els Joglars tenían interpuestas diversas querellas en diferentes juzgados españoles por particulares ofendidos por la visión de la obra. No hace tanto tiempo de todo ello. Si el escándalo por *Gilda* se remonta a los años cuarenta, *La portentosa vida del pare Vicent* es de 1978 y los estrenos de las obras de Godard, Scorsese y Boadella, de mediados de los ochenta. Mucho más recientes son los ataques contra el cómico Leo Bassi, cuya obra *La revelación*, en la que critica el oscurantismo, las sectas y los fundamentalismos que dominan la vida moderna, fue objeto de un atentado durante su representación en un teatro de Madrid en marzo de 2006, el mismo año de las caricaturas de Mahoma y la suspensión del *Idomeneo* de Mozart. También hubo conflictos y enfrentamientos durante su representación en Palma de Mallorca –donde el obispado revocó el contrato que había firmado con el cómico para la cesión de un teatro de su propiedad, escudándose en una cláusula que impedía representar en el local obras en contra de la doctrina católica– y en Oviedo, alentadas también por el obispado de la región.<sup>39</sup>

39. En la organización de la campaña contra el espectáculo *La revelación*, de Leo Bassi, jugó un papel destacado el portal de la extrema derecha católica Hazteoir.org. El 12 de mayo de 2007 esta organización celebró su congreso anual en la Universidad San Pablo CEU, de Madrid, con la participación, entre otros ponentes, del sociólogo Amando de Miguel. Sus intervenciones y la del propio Bassi, que se introdujo en el congreso para pedir explicaciones, son accesibles en [www.rebellion.org/noticia.php?id=54313](http://www.rebellion.org/noticia.php?id=54313).

Aunque menos agresiva, la censura basada en la estupidez no es menos peligrosa. Hace una semana –el 13 de febrero de 2008– el Metro de Londres anunciaba su decisión de retirar la publicidad de la exposición dedicada al pintor renacentista alemán Lucas Cranach el Viejo (1472-1553) en la Royal Academy of Arts (que estará abierta del 8 de marzo al 8 de junio) porque el desnudo femenino que figura en el cartel podría herir algunas sensibilidades. Según un portavoz de la empresa, «millones de personas viajan diariamente en metro y no tienen más remedio que ver la publicidad allí colocada. Debemos tener en cuenta a todos los viajeros y procurar no ofender a nadie». De hecho, según las directrices del Metro, la publicidad en este medio de transporte no debe ofrecer una representación sexualmente explícita de hombres, mujeres o niños «ni exhibir figuras desnudas o semidesnudas». Finalmente, y ante las fuertes reacciones suscitadas por esta decisión, incluida la del presidente de la comisión de cultura de la Cámara de los Comunes, la empresa ha tenido que ceder y la bella y sugerente Venus de Cranach, vestida sólo con una gargantilla y un collar, podrá ser admirada por los usuarios del suburbano londinense.

Otros ejemplos de censura, o de condiciones que obligan a la autocensura, de presiones y amenazas en definitiva a la libertad de expresión, a caballo entre la religión y la política, provienen finalmente («finalmente» para los límites que nos hemos marcado aquí, en este artículo y en este dossier, porque ejemplos o casos de censura, desgraciadamente, existen en todas las culturas y sociedades) de los grupos de presión judíos o israelíes, mucho más y mejor organizados que los musulmanes. El tema es complejo, porque el solo hecho de hablar de estos grupos o *lobbies* o de su influencia en la política y el pensamiento occidentales puede recibir ya la acusación de antisemita. Europa cuenta con una larga y enraizada tradición de antisemitismo, que alcanza sus mayores cotas de ignominia en la Francia del caso Dreyfuss, en la Alemania nazi, en la Italia fascista, en los pogroms de Europa orien-

tal, y que culmina en la ominosa solución final que fue el Holocausto, un acontecimiento de perversa singularidad por su voluntad genocida, de exterminio total, de negación a unos seres humanos de su propia humanidad, y por ello mismo, distinta e incomparable a cualquier otra masacre. Europa hace bien en ser extremadamente sensible ante todo lo que rodea a la memoria y el tratamiento del Holocausto, combatiendo con firmeza las posturas revisionistas y negacionistas (otra cosa es si la mejor forma de combatirlas es considerándolas un delito punible, como ocurre en muchos países) y extirpando de raíz cualquier nuevo rebrote de antisemitismo. Al mismo tiempo debería sentirse libre para criticar cuando sea el caso la política o una acción política concreta del gobierno de Israel o del *lobby* israelí.

Muchos intelectuales europeos y norteamericanos se contienen o autocensuran a la hora de hablar del estado de Israel y otros muchos que se deciden a hacer, incluidos intelectuales judíos e israelíes, son inmediatamente acusados de antisemitismo o, en el caso de los últimos, de una muestra más del autoodio de los judíos. Ha sido el caso incluso del ex-presidente de los Estados Unidos Jimmy Carter, cuya obra *Palestine: Peace not Apartheid* (publicada en noviembre de 2006), por el solo hecho de apuntar que las políticas de Israel en los Territorios Ocupados tienen puntos en común con el régimen del apartheid de Sudáfrica y manifestar que los grupos de presión pro-israelíes hacen difícil que Estados Unidos pueda a su vez presionar sobre Israel, le ha valido una insidiosa campaña de desprestigio. No sólo ha sido acusado públicamente de antisemita y de odiar a los judíos, sino que incluso se le ha imputado una supuesta afinidad con el nazismo.<sup>40</sup> El problema no es si Carter tiene o no razón, sino si tiene derecho a expresarse, a criticar la política israelí, y a no ser calumniado por ello. La hipersensibilidad hacia todo lo que rodea a Israel y a la historia del sufrimiento del pueblo judío llega incluso hasta a denunciar presuntas omisiones deliberadas cuando se alude al infortunio de otros pueblos –y más aún si son musulmanes– sin citar el padecido por los judíos.<sup>41</sup>

\* \* \*

El dossier de este número de *Pasajes* está dedicado a los límites y amenazas a la libertad de expresión, uno de los derechos más frágiles y más expuestos a presiones y tensiones de los que fundamentan las modernas sociedades democráticas. Sin duda, y lamentablemente, se podría haber ilustrado con numerosos casos, tanto de censura oficial por parte de gobiernos dictatoriales o despóticos como de autocensura impuesta por las fuertes presiones por parte de grupos religiosos o de opinión fanáticos e intolerantes. Los tres que hemos elegido, de relativa actualidad, han dado lugar a un amplio e interesante debate que está lejos de haber concluido. Porque tampoco han desaparecido las causas que los suscitaron. En todos ellos lo importante no es tanto el fondo de la cuestión, siempre discutible, ni las posiciones de los diferentes protagonistas, como las consecuencias que tuvo el hecho de que se atrevieran a exponerlas –en la prensa, en revistas académicas o de pensamiento e incluso en libros de investigación histórica– y las ásperas polémicas que generaron.

El primer caso concierne al *lobby* israelí. Al hecho mismo de hablar de su existencia y su influencia. Tony Judt, un historiador británico radicado en Nueva York, donde actualmente ocupa la cátedra de Estudios Europeos después de haber sido profesor en las universidades de Cambridge, Oxford y Berkeley, colaborador habitual en medios como *The New York Review of Books*, *Times Literary Supplement* o *The New York Times*, y conocido en España por el éxito de su libro *Postguerra. Historia de Europa desde 1945* (Tau-

40. Véase una muestra de los muchos ataques que ha recibido: «Creo que [Carter] siente un profundo rencor hacia los judíos y un rencor todavía más profundo hacia Israel. Y esos sentimientos le dan todo el conocimiento que cree que necesita. Tal vez todo ello venga de su madre. O tal vez de su hermano. Pero venga de donde venga, forma parte ahora de su vida y de su legado. Es así como pasará a la historia: como alguien que odia a los judíos», Marty Peretz, «Carter's Legacy», *The New Republic*, 28 de noviembre de 2006. Por el contrario, Stanley Sheinbaum, presidente de la American Civil Liberties Foundation of Southern California y regent de la Universidad de California, que ha sido miembro del International Center for Peace in Middle East en Tel Aviv desde 1982 y de Americans for Peace Now desde 1988, considera que se trata de un libro riguroso y ponderado, que ni es hostil a Israel ni deja de ser crítico con los palestinos. Un buen libro, en definitiva, al que sólo le encuentra un error: haber incluido la palabra *apartheid* en el título. Joshua Scheer; «Sheinbaum: Carter's Apartheid' Mistake», *Truthdig*, 22 de diciembre de 2006.

41 El pasado 8 de febrero el periódico *Última Hora*, de Palma de Mallorca, publicó una entrevista conmigo a propósito del 800 aniversario del nacimiento de Jaime I el Conquistador en la que me quejaba del ominoso silencio que había habido hacia los vencidos, hacia los musulmanes, y de que cuando se conmemoraba la conquista cristiana nadie, ni los historiadores ni las autoridades públicas, se preguntaba siquiera por el destino de la población autóctona, masacrada o reducida a cautividad. Al día siguiente el periódico y yo recibimos la siguiente carta: «Hola, desde Canadá. Antoni Furió dice que 'Ha habido un silencio vergonzoso hacia los vencidos, los musulmanes'. Vale. Y, hacia los judíos, y hacia los llamados Xuetas, ¿dónde están el sentimiento de culpabilidad, los remorsos para lo que sufrieron no solamente en la época de Jaime I sino hasta bien entrado el siglo XX? El "silencio vergonzoso" en este caso, me parece, es el del Professor Furió. Dra Judith Cohen, Toronto, Canadá».

rus, 2006), suele mantener, pese a su ascendencia judía, una actitud bastante crítica hacia Israel. En 2003 publicó un artículo en *The New York Review of Books*, «Israel: the Alternative», con el que abrimos nuestro dossier, en el que afirmaba que Israel se estaba convirtiendo en un estado étnico y religioso cada vez más intolerante y pedía su transformación de un Estado judío en un Estado binacional en el que pudiesen convivir judíos y árabes con iguales derechos. En una semana la revista recibió más de un millar de cartas de protesta y el artículo le costó al autor su expulsión del consejo editorial de *The New Republic*. La postura crítica de Judt ha continuado en escritos posteriores como la reseña del libro de John Mearsheimer y Stephen Walt sobre *El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos*, publicado en *The New York Times* (marzo de 2006), y el artículo sobre «The Country That Wouldn't Grow Up» para el periódico israelí *Haaretz* (mayo de 2006, justamente en el Día de la Independencia israelí). El 3 de octubre de 2006 Tony Judt debía pronunciar una conferencia sobre «El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos» en el consulado de Polonia en Nueva York, que se limitaba a alquilar sus instalaciones a la entidad organizadora del acto, *Network 20/20*. Poco antes del inicio previsto de la conferencia, el cónsul general de Polonia suspendió el acto sin dar explicaciones, aunque los organizadores atribuyeron la cancelación a las presiones de la Liga Antidifamación (ADL). En el dossier reproducimos la carta abierta que más de cien firmantes, universitarios, escritores e intelectuales de diferentes países, encabezados por Mark Lilla y Richard Sennett, dirigieron al presidente de la ADL, Abraham Foxman, por el papel que había tenido su organización en la suspensión de la conferencia. En un acto, en definitiva, de presiones y amenazas a la libertad de expresión. También reproducimos el artículo, crítico con Judt y con los intelectuales progresistas y de izquierda de Estados Unidos y Europa, «El antisemitismo y la izquierda que no aprende», que publicó Mitchell Cohen en la prestigiosa revista neoyorkina *Dissent*, de la que es co-director.

Este primer bloque se cierra con el artículo de John Mearsheimer y Stephen Walt sobre «El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos», precisamente el tema sobre el que iba a tratar la frustrada conferencia de Tony Judt. El artículo fue un encargo de la revista *Atlantic Monthly* en el otoño de 2002. Durante dos años los autores estuvieron trabajando en el artículo en colaboración con los editores de la revista, y en enero de 2005 les entregaron una primera versión, en la que habían incorporado prácticamente todas sus sugerencias. Pero al cabo de unas semanas la revista les comunicaba que habían decidido no publicar el estudio y que ni siquiera consideraban la posibilidad de que lo pudiesen revisar. El artículo, que tampoco fue aceptado por otras revistas, fue publicado finalmente por la *London Review of Books*, el 23 de marzo de 2006, que es la versión que reproducimos aquí, y más tarde, ampliado y actualizado, apareció en forma de libro (publicado en castellano y catalán en 2007). Como era de esperar, pronto llegaron las críticas del propio lobby y las acusaciones de antisemitismo por parte de la Liga Antidifamación y de columnistas y editorialistas de *The Jerusalem Post*, *The New York Sun*, *The Wall Street Journal*, *The Washington Post* y *The New Republic*. Pero también hubo respuestas positivas en medios como *The New York Times*, *The Financial Times*, *The New York Review of Books*, *The Chicago Tribune*, *The New York Observer*, *The National Interest* y *Nation*.

Otro caso polémico ha sido la publicación del libro de Ariel Toaff, *Pasque di sangue. Ebrei d'Europa e omicidi rituali*, sobre el asesinato de un niño cristiano de dos años

en la ciudad de Trento en 1475. Un estudio académico, de un reconocido medievalista, especializado en historia de los judíos, publicado por una editorial académica, Il Mulino, y que sin embargo ha levantado un alud de críticas y protestas en Italia e Israel. Toaff, profesor de la Bar Ilan University e hijo del antiguo gran rabino de Roma, tras revisar las actas del proceso contra los judíos inculpados de haber dado muerte a Simonino de Trento el 21 de marzo de 1475, en lo que habría podido ser un crimen ritual ante la proximidad de la Pascua, llega a la conclusión de que las acusaciones podrían no haber sido infundadas. El cuerpo de Simonino fue encontrado, el domingo de Pascua, en el sótano de la casa de una familia judía. Poco después, los magistrados de la ciudad arrestaron a dieciocho hombres y cinco mujeres, todos judíos, bajo la acusación de asesinato ritual: el niño habría sido asesinado para utilizar su sangre en el horneado de *matzohs* pascuales y en otros ritos religiosos judíos. Tras una serie de interrogatorios en los que se recurrió a la tortura, los magistrados obtuvieron las confesiones de los acusados. Ocho fueron ejecutados y uno se suicidó en la cárcel. Otras versiones afirman que fueron quince, incluyendo al jefe de la comunidad, Samuel, los sentenciados y quemados en la hoguera. Simonino, a quien pronto se le atribuyeron numerosos milagros –un centenar al primer año de su muerte–, fue venerado como mártir y beatificado por la Iglesia, y su culto se mantuvo hasta que en 1965 fue suprimido por Pablo VI y eliminado del santoral católico. En su libro Toaff afirma que algunos niños cristianos pudieron haber sido asesinados por una minoría de judíos fundamentalistas de origen askenazi con propósitos rituales, y que las confesiones de los acusados en el caso de Simonino podrían, a pesar de la tortura, haber sido ciertas.

A los pocos días de la aparición del libro, la primera semana de febrero de 2007, empezaron a multiplicarse las críticas, no en revistas científicas o publicaciones académicas, sino en los medios de comunicación. En la polémica participaron historiadores, escritores, sacerdotes, rabinos, líderes de la comunidad judía, por lo general en un tono condenatorio, reprochándole haber dado crédito a unas confesiones arrancadas bajo tortura y acusándole de suministrar argumentos a los antisemitas. La presión fue tan fuerte, un auténtico linchamiento –con peticiones para que el autor fuese expulsado de la universidad y perseguido penalmente, ataques a su probidad científica y académica, infamias sobre los motivos que había tenido para escribir la obra, amenazas de muerte, y llegando incluso a enfrentarle con su propio padre– que Toaff se vio obligado a retirar el libro de la circulación al cabo de una semana, el 14 de febrero, a fin de revisarlo y expurgarlo de los pasajes más polémicos<sup>42</sup>. Un año después, el 21 de febrero de 2008, ha aparecido la nueva edición, con un nuevo postfacio en el que Toaff reconoce que «el homicidio ritual es un estereotipo calumnioso» y que no tiene «duda alguna de que los llamados “homicidios o infanticidios rituales” se han de relegar a la categoría de los mitos y no de los ritos efectivamente practicados por las comunidades judías que vivían y operaban en los territorios de lengua alemana o en el norte de Italia, puestas bajo acusación en la Edad Media y en épocas posteriores». <sup>43</sup> De las numerosas intervenciones que se sucedieron en la prensa italiana al final del invierno de 2007, y que dieron lugar incluso a un libro<sup>44</sup>, hemos seleccionado las de tres historiadores, Sergio Luzzatto, el primero que habló del libro y lo acogió en términos elogiosos, Carlo Ginzburg y David Abulafia, ambos muy críticos, y un influyente escritor, Umberto Eco. Muy poco para las toneladas de papel que se han escrito sobre la Pascua sangrienta de 1475 y las presiones y límites a la libertad de expresión, en este caso académica.

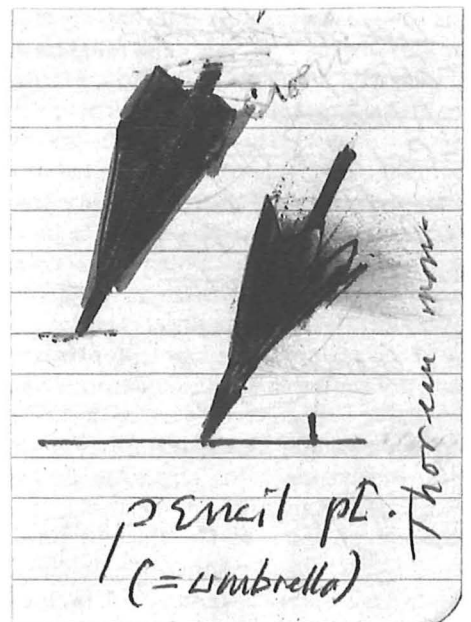
42. «El libro de Ariel Toaff fomenta el odio antijudío», «Mitos, pero no ritos», «¡No, el escándalo es taparle la boca!», «El parlamento de Israel condena el libro de Toaff», «Tiene razón Ariel Toaff. También la tortura hace historia», «Caso Toaff, crítica al método y no censura», «Caso Toaff, un libro no se censura», «Censura, el peor enemigo del historiador», «¡Ninguna prueba de homicidios rituales contra los cristianos!», han sido algunos de los titulares de la prensa italiana a lo largo del año transcurrido desde que estalló la polémica.

43. Escribo estas últimas líneas de la introducción al dossier en la noche del 21 de febrero de 2008, justamente el día que ha aparecido la edición purgada del libro de Toaff. En la entrevista que le publica La Stampa de hoy aflora una profunda amargura, una desconcertada incredulidad por todo lo ocurrido, por lo desmesurado de las reacciones, incluidas las de amigos y colegas. «Ha habido una suerte de caza de brujas... Pero no se defiende al judaísmo dando de él una imagen holoográfica. De hecho, presentar a los judíos como eternas víctimas pasivas de la historia es una forma de antisemitismo. Alguna vez han reaccionado, como han podido».

44. Franco Cardini, *Il caso Ariel Toaff. Una riconsiderazione*, Milán, Medusa Edizioni, 2007.

El último de los casos tratados es el que afecta a Robert Redeker, un escritor y profesor de filosofía en un liceo francés, que en septiembre de 2006, pocos días antes del inicio del Ramadán, publicó en *Le Figaro* un artículo en el que alertaba contra las intimidaciones islamistas y el avance del fundamentalismo musulmán en Europa, calificando al Corán de «libro de inaudita violencia» y a Mahoma de «caudillo despiadado, saqueador, carnicero de judíos y polígamo». Ante las reacciones suscitadas en diversos países islámicos, *Le Figaro* retiró el artículo de su base de datos, y el autor recibió amenazas de muerte que le obligaron a solicitar protección policial. En general los medios franceses fueron muy críticos con Redeker, incluido *Le Monde*, para quien el artículo era «excesivo, equivocado e insultante». *Le Monde*, sin embargo, publicó un llamamiento a favor de Redeker firmado por un grupo de intelectuales franceses entre los que se contaban Elisabeth Badinter, Alain Finkielkraut, André Glucksmann, Bernard-Henri Lévy y Claude Lanzmann, con todo el consejo editorial de *Les Temps Modernes*. De hecho, Redeker no es ningún fanático reaccionario. Es miembro del consejo de redacción de *Les Temps Modernes*, la revista fundada en 1945 por Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, colaborador habitual en *Le Monde*, *Libération* y *Le Figaro*, y autor de numerosos libros y artículos de cultura y pensamiento críticos. En su opinión, «el artículo era una crítica severa contra la influencia del islamismo en nuestra vida cotidiana. El tono era irónico, pero acorde a la tradición europea, en la que la crítica religiosa siempre tuvo un fuerte arraigo. La crítica está siempre al servicio de la libertad». El artículo, sin embargo, le ha valido acusaciones de islamófobo y, sobre todo, una fatwa que le condena a muerte → «A ese cerdo que se atrevió a criticar a Mahoma, se le debe separar la cabeza del cuerpo»— y que algunos han intentado ya ejecutar. Desde entonces vive en la clandestinidad ■

Claes Oldenburg  
Lápiz roto, escribiendo  
(1983)





## Apéndice

Tras haber vencido al fascismo, al nazismo y al estalinismo, el mundo se enfrenta a una nueva amenaza global de tipo totalitario: el *islamismo*. Nosotros, escritores, periodistas, intelectuales, llamamos a la resistencia al totalitarismo religioso y a la promoción de la libertad, la igualdad de oportunidades y la laicidad para todos.

Los recientes acontecimientos, producidos a raíz de la publicación de dibujos sobre Mahoma en periódicos europeos, han puesto en evidencia la necesidad de la lucha por estos valores universales. Esta lucha no se ganará por las armas, sino en el terreno de las ideas. No se trata de un choque de civilizaciones o de un antagonismo Occidente-Oriente, sino de una lucha global que opone a demócratas y teócratas.

Como todos los totalitarismos, el islamismo se alimenta del miedo y la frustración. Los predicadores del odio utilizan estos sentimientos para formar los batallones con los que impondrán un mundo liberticida y discriminatorio. Lo decimos alto y fuerte: nada, ni siquiera la desesperanza, justifica elegir el oscurantismo, el totalitarismo y el odio. El islamismo es una ideología reaccionaria que mata la igualdad, la

libertad y la laicidad por donde pasa. Su éxito sólo puede abocar a un mundo de injusticias y dominación: la de los hombres sobre las mujeres y la de los integristas sobre los demás. Debemos, por el contrario, asegurar el acceso a los derechos universales a las poblaciones oprimidas o discriminadas.

Rechazamos el «relativismo cultural» consistente en aceptar que los hombres y las mujeres de cultura musulmana sean privados del derecho a la igualdad, la libertad y la laicidad en nombre del respeto a las culturas y las tradiciones.

Rechazamos renunciar al espíritu crítico por miedo a alentar la «islamofobia», un concepto desafortunado que confunde la crítica del islam como religión y la estigmatización de los creyentes.

Luchamos por la universalización de la libertad de expresión, para que el espíritu crítico pueda ejercerse en todos los continentes, hacia todos los abusos y todos los dogmas. Lanzamos un llamamiento a los demócratas y a los espíritus libres de todos los países para que nuestro siglo sea el de la luz y no el del oscurantismo.

**Ayaan Hirsi Ali**, diputada en el parlamento holandés.

**Chahla Chafi**, escritora.

**Caroline Fourest**, ensayista.

**Bernard-Henri Lévy**, filósofo.

**Irshad Manji**, escritora.

**Mehdi Mozaffari**, ensayista.

**Maryam Namazie**, ensayista.

**Taslima Nasreen**, médica y escritora.

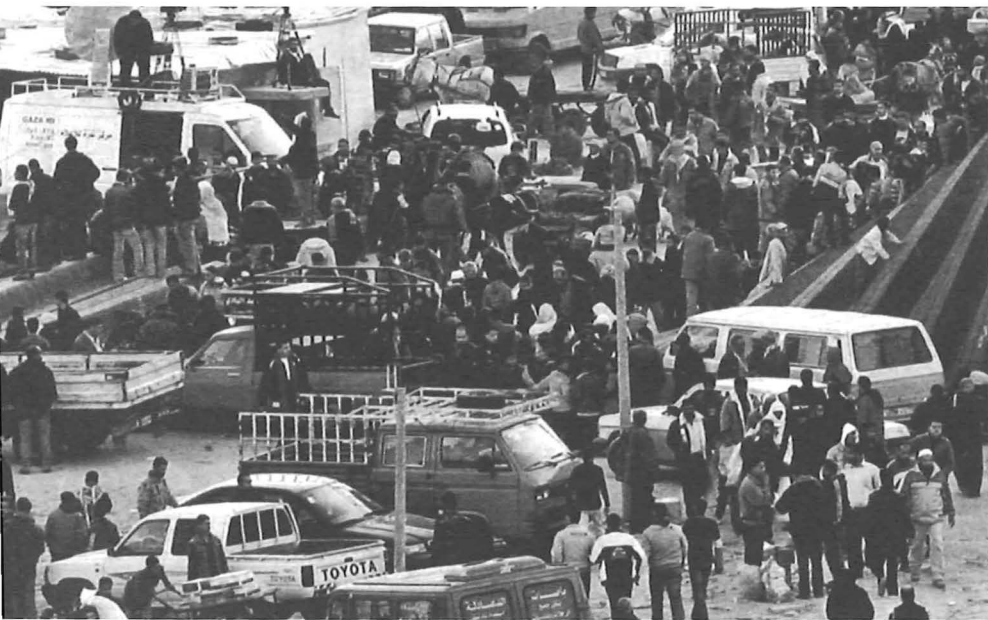
**Salman Rushdie**, novelista.

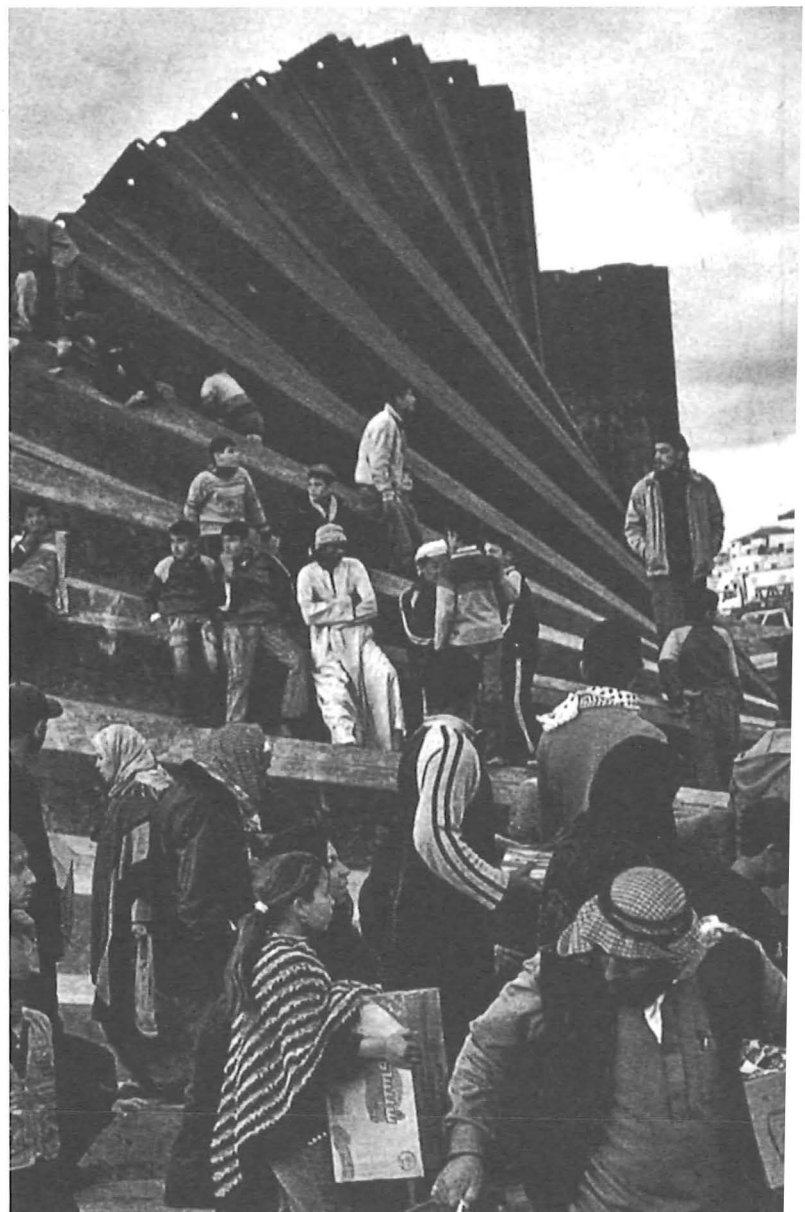
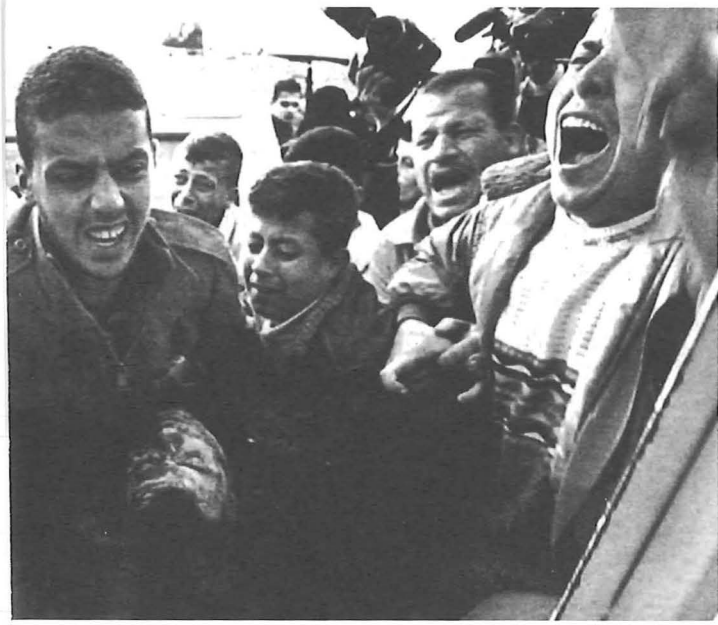
**Antoine Sfeir**, director de los *Cahiers de l'Orient*.

**Philippe Val**, director de *Charlie Hebdo*.

**Ibn Warraq**, investigador del New York Institute.

*El manifiesto se publicó originalmente en Charlie Hebdo el 1 de marzo de 2006 y fue reproducido poco después por varios periódicos y semanarios franceses.*





<  
Imágenes difundidas entre  
los días 16 al 25 de enero, 2008  
(Reuters/AFP/AP/EYAD BABA-AP)

Rueda de prensa de  
George W. Bush y Mahmud  
Abbas, el 10 de enero, 2008,  
en Ramala (AFP)

